UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

7

JULIO—SEPTIEMBRE

1942

IMPRENTA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:
LIC. RODULFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:
LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:
LIC. ALFONSO PEDRERO

●

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:
DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:
DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:
Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... $7.00
Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... $2.00
Número atrasado..... $3.00

Tomo IV México, D. F., julio - septiembre de 1942 Número 7

Sumario

FILOSOFIA

Págs.

José Medina Echavarría . . . *Arte y Sociedad* 11

Juan Roura-Parella . . . . . *El comprender como método de las ciencias del espíritu* 23

LETRAS

Julio Jiménez Rueda . . . . *En el centenario de San Juan de la Cruz* 43

Mario Mariscal . . . . . *Ignacio Rodríguez Galván: un destino romántico* 57

José Luis Martínez . . . . *Glosas a la "Danza de la Muerte"* . 67

HISTORIA

Arthur Prudden Coleman . . *La Cultura Eslava* (III) 81

Agustín Millares Carlo . . . *Dos notas de bibliografía colonial mexicana* 95

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

José Gaos . . . . . *El peligro del hombre.* (Antonio Caso.) 111

Págs.

Eduardo García Máynez . . *Lógica.* (Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli.) 117

Letras

Rafael Heliodoro Valle . . . *Toponimias Nahuas. Normas para la interpretación de toponímicos de origen nábuatl y análisis etimológicos de trescientos de ellos.* (José Ignacio Dávila Garibi.) . . . 121

L. Ferrán de Pol . . . . *Areopagítica.* (John Milton.) . . 122

José Carner . . . . . *Agustín F. Cuenca. El prosista. El poeta de transición.* (Francisco Monterde.) 124

Agustín Millares Carlo . . . *Los maestros de la bibliografía en América.* (José Torre Revello.) . 126

Historia

F. Giner de los Ríos . . . *Historia contemporánea de Europa. 1878-1919.* (G. P. Gooch.) . . 129

Agustín Millares Carlo . . . *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés.* (Ramón Iglesia.) . 132

Noticias 137

Publicaciones recibidas 143

Ignacio Rodríguez Galván: Un Destino Romántico

Hace justamente un siglo (el 25 de julio de este año, cumplióse este término), murió en La Habana, en donde un accidente desgraciado lo había obligado a detenerse, interrumpiendo su viaje a Sudamérica y dando ocasión a que contrajera la terrible enfermedad que acabaría por conducirlo al sepulcro, Ignacio Rodríguez Galván; si no el mejor, sí el más representativo de los poetas mexicanos del ciclo romántico.

Habría pasado completamente inadvertida esa fecha, sin haber sido evocado el nombre de uno de los valores de la lírica y la dramaturgia mexicanas, de no ser porque —a sugestión del que esto escribe, calurosamente acogida y apoyada eficazmente por el señor profesor don Francisco Monterde y García Icazbalceta, catedrático de la especialidad a la que corresponden estos estudios, dentro del claustro de la Facultad de Filosofía y Letras—, los señores licenciados don Eduardo García Máynez y don Julio Jiménez Rueda, directores saliente y entrante, respectivamente, de la referida Facultad, dispusieran todo lo necesario para rendir el merecido homenaje a la memoria del poeta, en representación de la Universidad Nacional de México.

No pasará, pues, sin la debida conmemoración, la fecha en que se cumple el primer centenario de la muerte del bardo romántico; pero, por si eso no fuera bastante, don Francisco Monterde y G. I., por su parte, ha dado los pasos necesarios, en su calidad de Jefe del Departamento Editorial de la Universidad Nacional de México, para la impresión de algunos de los cuentos y de una selección de la producción lírica de Rodríguez Galván, junto con un estudio de su vida y su obra —que estará a cargo del que escribe estas líneas—, en uno de los tomos de la *Biblioteca del Estudiante Universitario,* de la serie correspondiente al presente año.

"Ignacio Rodríguez Galván o La Fuerza del Sino", habría sido un título adecuado para el drama autobiográfico que pudo haber escrito nuestro romántico dramaturgo, de haber previsto la vida llena de desgracias que le estaba deparada, por toda la duración de su exigua existencia.

Desdichas, privaciones, miseria, enfermedades y —al cabo de una corta pero siempre amargada existencia— la muerte solitaria, en un país extraño, lejos de su patria y de sus pocos amigos, como final del cruel e implacable padecimiento que lo atrapa cuando apenas comenzaba a disfrutar del inesperado cambio en su fortuna, que lo había llevado, días hacía, a un país extranjero, en una vaga cuanto indeseada misión diplomática — la que todo hace suponer que no fuera otra cosa que el equivalente, un tanto suavizado, del "viaje de orden suprema", entonces al uso del día.

Esa es la acibarada síntesis de la existencia, tan pródiga en desdichas, del más representativo de nuestros románticos, a quien tocóle vivir, también, un destino eminentemente romántico, aunque sin grandeza, como nada en él fué grande, en proporciones heroicas, ni dotado de primera magnitud: ni su vida, ni su obra, ni su misma desgracia, ni su propia miseria, ni aun su misma muerte; tristes, sí, tristísimas, pero desprovistas de ese sello de grandeza que inmortaliza el sufrimiento y las privaciones; sin el cual no pasan éstos de ser achaques vulgares. Esto no obstante, todos los suyos son rasgos de los más típicos en los personajes novelescos románticos. Aunque, desde luego, sin proponérselo, a Rodríguez Galván le tocó vivir —sufriéndolos en cuerpo y alma, padeciéndolos en carne propia y en propio espíritu— tantos de aquellos males que integraban la sintomatología romántica, que casi puede decirse de él que "contrajo" el romanticismo más bien que adoptólo como una escuela literaria.

Observemos el doliente proceso del destino romántico de Ignacio Rodríguez Galván, señalado a cada jalón por alguna marca inconfundible, característica, propia e irrevocable de su sino.

Nacido en Tizayuca, el 22 de marzo de 1816, del matrimonio formado por don José Simón Rodríguez y doña María Ignacia Galván, tocóle vivir sus años infantiles —de acuerdo con su sino— en un ambiente de sórdida miseria, debido a que su familia, que fincaba toda su fortuna en propiedades rurales, resultó completamente arruinada por la guerra de independencia.

Ignacio Rodríguez Galván.

I. RODRIGUEZ GALVAN: UN DESTINO ROMANTICO

Reducido a un medio formado por pequeños agricultores, durante los primeros once años de su existencia, no pudo ser más mezquina la instrucción que logró atesorar Rodríguez Galván durante toda esa época, la más receptiva de la vida. Señálanse en ella otros rasgos no pocas veces explotados por los autores románticos: el ansia insaciada de conocimiento; el despertar de una inteligencia superior, en choque violento con la hostilidad del medio que la rodea y el nacimiento del deseo de conquistar la gloria literaria, ideal irrealizable con los medios a su alcance y dentro del ambiente en que se desenvuelve.

Difícil resulta decidir si privó el imperativo económico, o la no menos imperiosa vocación literaria, en la decisión adoptada por el padre de nuestro poeta, de transladarlo a México, adonde lo condujo en julio de 1827, colocándolo como dependiente en la librería de su tío materno, don Mariano Galván Rivera, el tan conocido y bien reputado editor de numerosas obras de gran aliento, así como de publicaciones periódicas muy influyentes en su época y del afamado *Calendario* que lleva su nombre. Su librería era la más importante del país en ese tiempo, desempeñando por entonces el papel que posteriormente han ido llenando otros establecimientos de su clase —como, por ejemplo, la famosa librería de Andrade—, sirviendo de lugar de reunión a una "peña" en la que participaban los más destacados escritores de la época.

Ninguna academia o instituto literario más adecuado, para quien no los había frecuentado nunca, que aquel en que la necesidad había colocado a Rodríguez Galván. Insaciable lector, halláronse desde entonces a su alcance todos los tesoros de la literatura universal, que bien se cuidó de aprovechar; atento y respetuoso auditor, no descuidó las numerosas oportunidades de aprender que le brindaban las frecuentes pláticas y discusiones que suscitábanse sobre temas literarios y políticos, entre los numerosos asistentes a la tertulia que diariamente celebrábase en la tienda del famoso librero, y que lo eran nuestros más distinguidos intelectuales y los políticos de mayor peso.

"Viviendo en ese establecimiento en medio de los tesoros creados por el genio y acumulados por la imprenta —dice a este propósito el hermano del poeta y recopilador de su obra, don Antonio Rodríguez Galván, en la breve noticia biográfica que puso al frente de los dos tomos de *Poesías de D. Ignacio Rodríguez Galvan*—, bien pronto despertó en su corazón, primero, la afición a la lectura, después, el deseo de probar sus

fuerzas en la composición literaria. Sus primeros ensayos fueron de fines de 1834 y principios de 1835, cuando apenas tenía la edad de diecinueve años, y cuando sin maestro ni director en sus estudios, había hecho una vasta lectura de obras escritas en español y francés, idioma que por sí mismo había aprendido."

Es un rasgo notable y típico del carácter de nuestro autor —rasgo también señaladamente romántico—, su insaciable sed de saber, su inagotable curiosidad literaria, que lo impulsa a aprender por sí solo y en horas robadas al descanso y al sueño, no únicamente el francés, pues resulta evidente de las traducciones publicadas por él que leía el italiano (tradujo *La Pasión,* de Alejandro Manzoni, *La Sombra de Dirce,* de Vicente Monti, y un epigrama de Balochi), así como el portugués, del que tradujo el drama de Juan B. Gómez, *Inés de Castro.* Todavía más: cuando, el primero de noviembre de 1840, decidióse a separarse de la librería de su tío, con el propósito de consagrarse exclusivamente a trabajos literarios —decisión tanto más aventurada en ese tiempo, cuanto menos remunerativa era la profesión de las letras—, lo hizo, más que nada, animado del deseo de aprender el latín y el griego, consagrándose de inmediato al estudio del primero, que ambicionaba conocer para penetrar directamente en los originales de los grandes monumentos literarios del genio latino, así como para poder leer la *Biblia,* que admiraba tanto por su contenido literario como por su sentido místico, tan acorde con su espíritu profundamente religioso. Buena prueba de la excelencia de las dotes de Rodríguez Galván, se encuentra en el hecho de que en el año y medio que transcurre entre la fecha de su iniciación en el estudio de la lengua latina, y la de su muerte, había llegado a dominarla a tal extremo, que ya en septiembre de 1841 —es decir, a los diez meses escasos de haberse consagrado a su estudio— escribía su *Cántico al Señor, Imitación del Salmo 135 (Confitemini Domino, quoniam bonus),* traducido por él.

La producción literaria de Rodríguez Galván se inicia hacia fines del año 1834 y principios de 1835, con la publicación de sus primeros versos ("Adios" y "A Ella"), a tan temprana edad como lo era la de diecinueve años. De tal fecha en adelante, consagróse cada vez con mayor dedicación al ejercicio de la profesión literaria, a la que estuvo dedicado por espacio de algo más de seis años, durante los cuales elaboró los materiales suficientes para nutrir tres copiosos volúmenes, uno de poesía lírica, uno de

poesía dramática (en el que figuran las siguientes obras teatrales: *La Capilla,* Escenas Dramáticas; *Muñoz, Visitador de México,* Drama en tres jornadas y en verso; y *El Privado del Virrey,* Drama en cinco jornadas; además de un drama inédito, al que se refieren sus dos biógrafos, sin hacer mención de su nombre; aunque todo me hace pensar que se trate de la comedia en verso, titulada *El Angel de la Guarda,* escrita el año de 1839, de la cual nos han sido conservados algunos fragmentos en el volumen de poesías líricas editado por don Antonio Rodríguez Galván), y buen número de cuentos y novelas breves.

Tiempo antes de haberse decidido a abandonar su seguro empleo en la librería de su tío, nuestro bardo había manifestado ya su generosa disposición hacia sus compañeros en la profesión literaria, nunca como entonces faltos de protección y de todo estímulo, hasta el punto de carecer, ya no digamos de editor para sus trabajos, sino hasta de la más insignificante publicación periodística que les diera acogida. Rodríguez Galván —contando probablemente con el apoyo económico de su tío, y con toda certeza con el completo sacrificio de sus modestos recursos y su esfuerzo personal— principió en 1837 a editar una curiosa publicación literaria, de carácter periódico, que en forma de calendario o almanaque reunía una especie de antología de la producción lírica y en prosa de los mejores escritores de la época. *El Año Nuevo. Presente Amistoso a las Señoritas Megicanas,* se titula esa publicación, que constituye a la fecha uno de los más valiosos documentos a los que pueda recurrir el investigador de nuestra historia literaria, pues a través de los cuatro años que duró en publicación, alcanzó a recoger casi toda la producción en verso y en prosa de los escritores de ese tiempo.

Pero no se limitó a la impresión de *El Año Nuevo* la desinteresada actividad editorial de Ignacio Rodríguez Galván. El, que acaso nunca pensó en hacer imprimir en volúmenes por separado sus obras poéticas y dramáticas que corrían dispersas en las páginas de su propia revista, comprendió la inaplazable necesidad de la aparición de otra publicación literaria, de más frecuente periodicidad que la de *El Año Nuevo,* y con la misma generosa disposición con que decidió sacrificar sus modestos recursos en la impresión de este almanaque literario, se lanzó a la edición de una excelente revista de igual índole, que habrá de ocupar un rango elevadísimo entre las de su clase cuando se escriba la historia completa del periodismo mexicano, así como en la historia de nuestras bellas letras.

Casi coetáneamente con la aparición de *El Año Nuevo de 1837*, y desde luego dentro del mismo año, principió a aparecer la por todos conceptos excelente revista, de literatura y variedades, titulada *El Recreo de las Familias*, dirigida y costeada por Ignacio Rodríguez Galván, y que había de durar en publicación aproximadamente un año, sin que podamos precisarlo exactamente, pues si bien conocemos la fecha en que se suspendió su edición, no sabemos en cambio cuándo se inició, a excepción del año, que lo fué el de 1837. En cuanto a la otra fecha, la sabemos merced al hecho de que Rodríguez Galván, disgustado y amargado por el fracaso de su publicación, decidió cerrarla con un artículo en el que, entre otras cosas, dice que "...un periódico (el único que en nuestra época se publicaba en nuestra nación) no encontró en toda ella el número necesario de suscritores para poderse costear únicamente", fechando tan sincera como dolorosa declaración el 30 de enero de 1838.

En abono del buen gusto y no escasos conocimientos literarios de nuestro poeta, es preciso reconocer que, de no haber atravesado nuestro país en aquellos momentos por una terrible crisis en la que jugábase su existencia inclusive, el éxito de su revista habría sido, seguramente, muy otro, pues había logrado reunir en ella un buen número de las mejores firmas de su tiempo (y no sólo de nuestro país, sino de algunos otros del Continente; tales como Cuba y Venezuela, representados por escritores tan preclaros como José María de Heredia y Eugenio de Ochoa, respectivamente), pese a lo cual, hubo de verse truncada, aproximadamente al año de iniciada su publicación.

Todas aquellas de las producciones en verso y en prosa de Rodríguez Galván que no vieron la luz en los volúmenes sucesivos de *El Año Nuevo*, aparecieron en *El Recreto de las Familias*, el que se nutre casi exclusivamente de las creaciones de su pluma y de las de Eugenio de Ochoa y José María de Heredia, quienes alternan continuamente en sus páginas; razón por la cual —e indudablemente, a fin de no cansar al público con la incesante repetición de su nombre— Ignacio Rodríguez Galván hace una rotación de los siguientes nombres de pluma: *R.*, *I. R.*, *I. R. G.* e *I. Rodríguez*.

Tan íntima colaboración, es casi testimonio de la amistad existente entre el joven poeta mexicano y otro no menos joven y mucho más ilustre poeta cubano, perteneciente al mismo ciclo literario que el nuestro y cuya existencia guarda una extraña similitud con la de éste, hasta el extremo de

ofrecer un casi completo paralelismo, así en las circunstancias de su vida como en el suceso del tramonto (muertos uno y otro, extremadamente jóvenes, en países extraños al de su nacimiento, pero que lo eran, por curiosa coincidencia, los de origen de ambos, recíprocamente), que pone un nuevo matiz de romanticismo, al llegar el momento de su muerte, en la vida romántica de Ignacio Rodríguez Galván; tanto como en la existencia de José María de Heredia.

No es pequeña desgracia, por cierto, que el excelso bardo cubano, que escribiera varias artículos críticos sobre los más importantes poetas mexicanos de su tiempo (habiendo merecido el honor de que se ocupara en ellos, los siguientes poetas mexicanos: Fray Manuel de Navarrete, Castillo y Lanzas, Fernando Calderón, Francisco Ortega y José Joaquín Pesado), olvidara ocuparse de nuestro poeta, o bien pospusiera la ocasión de hacerlo, de manera tan definitiva, que lo sorprendiera la muerte antes de llegar a cumplir su propósito. No podía dejar de ser notada tal omisión por tan certero crítico como lo es don Manuel Toussaint, quien dice al respecto lo siguiente: "Es raro no tener un artículo suyo (de José María Heredia), acerca de Rodríguez Galván, de quien se sabe fué gran amigo; pero la explicación de esto debe buscarse acaso en la juventud de Rodríguez y en que fué quizás el último amigo de Heredia." (Manuel Toussaint. *La Importancia de Heredia en la Literatura Mexicana de su Tiempo. Apud: Revista de Estudios Universitarios.* T. I. Núm. 1. P. 112.)

Ocioso resulta buscar otros datos acerca de Rodríguez Galván, en otras fuentes que no sean las muy escasas en caudal informativo que constituyen las dos noticias biográficas de primera mano, publicadas con muy corta separación, una, por su hermano don Antonio Rodríguez Galván (al frente de los dos volúmenes titulados *Poesías de D. Ignacio Rodríguez Galván.* México, 1851. Impresas por Manuel N. de la Vega. Calle de Santa Clara, Núm. 23), y la otra, por el casi anónimo *E. M. O.*, que no me resigno a admitir que no sea otro que don Enrique de Olavarría y Ferrari o don Eugenio de Ochoa, en el tomo VI del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía.* Ni aun siquiera conoceríamos el nombre de su musa, de no habernos dejado él mismo su doble mención en un poema que, además de tener la interesante característica de ser el primero que escribió y dió a la imprenta, es preciso tener en cuenta que ofrece el rasgo romántico de tratarse de un mensaje de adiós. Es en él, en el muy

citado y admirado poema titulado igualmente *¡Adiós!*, en donde la nombra hasta dos veces: "¡Oh, Lola adorada! ¡Adiós, Lola! ¡¡Adiós!!" Pero fuera de esta reiterada mención, no tenemos constancia alguna de que tal fuera su nombre. Extraño rasgo de discreción amorosa, en un poeta del ciclo romántico...

En cambio, no puede existir el menor lugar a dudas respecto a su intención y al ardiente deseo que abrigaba de que fuera perpetuada su memoria. A poco más, hubieran quedado sin cumplirse el deseo ardiente y la justa premonición encerrados en las dos tercetas siguientes:

¡Oh, si en mi patria querida
durara más que mi vida
mi memoria!

Algunas efusiones de mi musa
me sobrevivirán, y mi sepulcro
no ha de guardarme entero.

MARIO MARISCAL